



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8975

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE MAYOR 124.

MIERCOLES 30 DE SEPTIEMBRE DE 1891.

BOH, PROTECCIONISMO

Hemos leído en alguna parte una noticia peregrina. El Gobierno de seos de compensar al comercio ma drileño de los quebrantos que pa dece, ha acordado proponer a S. M. la Reina la celebración de una fiesta en su Palacio, tan pronto como se restituya la Corte a Madrid.

Esto, como se ve, revela bien claramente el deseo excelente de protección que respecto del comercio de Madrid anima al actual ministro. ¡Ahí es nada! ¡Una gran fiesta en Palacio! Es decir: tres ó cuatrocientas personas que comprarán y se harán ropa nueva para asistir a la fiesta.

El comercio de Madrid va a recibir ahora el premio de su cordura y buen comportamiento, cuando al Gobierno le corra prisa hacer su negocio con el Banco de España. Aquella sensibilidad, aquel rápido de camiento de todas las fierezas de nuestros comerciantes, van a recibir la remuneración que en leyes de justicia le debían el Sr. Cánovas y sus comilitones.

Y ahí es nada el premio! En armonía con la grandeza de la región remunerada y su nobleza indiscutible; en armonía con la esplendidez y benevolencia de quien lo otorga.

¿Qué otro premio que esos cinco ó seis mil pesos que saldrán de la fiesta palatina, merecen aquellos honrados comerciantes que después de haber amenazado juntar a Roma con Santiago y de haber impreso innumerables cartelitos con la airada jaculatoria «no se admiten billetes», se sometieron como un solo cordero a los billetes del Banco y a los apuros de los ministros?

¿Ni qué otro premio ha de dar este Gobierno proteccionista que ha hecho el tratado con los norteamericanos, que se atenta a intentar con los franceses y que se siente con fuerzas para hacer un presupuesto?

Ciertamente, cuando se administra el país está en un momento que cuando no hay billetes, hay un león de oro y billetes, como de ferrocarriles, que cuando no hay transportes baratos y libres de los gochos, que cuando hay aranceles, aparecen y facilitan la vida para poco pueden servir al mercader que se mueva en los caminos de un barco en Palacio.

Por qué importa? Ciertamente, el Gobierno no puede dar nada, ciertos comerciantes que han de pagar impuestos.

¡Malditos!

El jovenzuelo que pregunta, ce... a subir despacio la escala.

Tiene de veinte a veinticuatro años, y de veinte a veinticuatro pelos en la barba.

El bigote parece pintado con car-boncillo.

Los pelos de la chistera no llegan a «veinticuatro»; se quedan, de seguro, en «seises».

Traje gris, muy usado, cara pálida, ojos dulzones... hambre y compaña.

Puesto en una báscula, no pesa arriba de cuarenta y cinco kilogramos: puesto a discusión, pesa menos que un chiste.

Y sin embargo, el pobre Pulgarín lleva dentro del alma a Cervantes, Shakespeare, Galdós, Becquer, Campoamor y otras majestades literarias, y reniega de su mala suerte, que le obliga a buscar al Sr. Alcahuero.

Llega jadeante al piso segundo y llama a una puerta, sobre la cual se lee en letras gordas: «Alcahuero. —Editor.»

Introducido Pulgarín en un despacho, queda, no solo, sino mal acompañado.

Hay en el despacho un reloj de pared, cuyo «tic-tac» parece medir el silencio que reina en la estancia.

Es un ruido que alarga insensiblemente la cara del que espera. Parece que el «tic-tac», a fuerza de pertinacia, ha vencido y apagado los demás ruidos de la casa; y para que tan endeble voccita se haga escuchar de gente tan alborotadora como el perro, los ecos de la calle, el ruido de las puertas etc., preciso es que diga algo muy importante.

En efecto, sobre la espesa alfombra que pisa el tiempo, los relojeros han arrojado puñados de cascabeles de vidrio.

Cada golpe del péndulo es una ampolla rota, una pisada del tiempo, un momento ido. Cada «tic-tac» dice al que escucha: «Así se pasa la vida, ¡tan callando!»

Por eso se le pone la cara larga al que espera en la detestable compañía de un reloj de pared.

Mientras Pulgarín piensa estas cosas, se abre la puerta y entra en el despacho el Sr. Alcahuero con toda la solemnidad que puede.

Su facha sería grotesca, si no se supiera que aquel caballero guarda en un cajón de su mesa los quince duros que para Pulgarín representan en aquel momento la vida y la conquista del porvenir.

Ante este pensamiento fracasan los chistes.

—Síntese usted—dice el editor, mientras ocupa el sillón, é indicando a Pulgarín una silla colocada al otro lado de la mesa de despacho:—¿Trae usted eso?

—Sí, señor—contesta Pulgarín, poniendo ante los ojos de su interlocutor un voluminoso paquete de cuartillas.

Y añade:—No sé si habré acertado con lo que usted deseaba...

—Pero usted habrá leído algo mío en...

—En ninguna parte—interrumpe Alcahuero—porque yo no tengo tiempo de leer nada. Pero a mí me gusta lo que me dice de usted de ser hombre que es hombre que los...

—¡Ah, ya lo creo!—exclama Pulgarín deseoso de pagar en elogios las buenas agencias que había merecido a D. Pedro.

—Pues sí—continúa Alcahuero;—como ahora han salido tantas bibliotecas de esta clase, la «Biblioteca verde», la «Guindilla», las «Cuartillas de menta», y como don Pedro sabía que yo quiero dejarlas detrás a todas, aunque haya que hablar las cochinas más gordas, me dijo: «Para eso, nadie como Pulgarín.»

Pulgarín se pone colorado. No sabe si dar las gracias ó tomar aquello como tomó Sancho el elogio de su hija hecho por Tomé Cerial. Por fin se inclina a tomar los 15 duros.

—Si usted quiere que lo lea...

—No; ahora no tengo tiempo: ya lo leeré yo. Pero usted no se habrá andado con escrúpulos ni tonterías, ¿eh?

—Mire usted—dice el joven, deseoso de probar que no es tonto:—aquí hay dos adulterios, un incesto, tres aberraciones y una escena en tinieblas.

—Sí; pero detalles, detalles: eso es lo principal. El público pide carne.

—Eso me ha inspirado el título de la novela; y como el amante es un Concejal, he puesto por título «El cajón municipal.»

—El cajón municipal...—dice Alcahuero, haciendo un gesto.—Eso es como si dijera usted «Los vómitos de Pilatos»; no: el título ha de llamar la atención, ha de ser icitante; ese no dice «ná.»

—Como usted quiera; si usted desea que piense otro...

—Yo lo tengo pensado; precisamente tengo ahí un grabado de «La vie parisienne», que viene de molde para la portada. Aquí está... no; estará allá dentro. En fin, el título será «La camisa de seda negra.»

Y Alcahuero sonríe con igual satisfacción que si hubiera inventado la pólvora, mientras que Pulgarín pasa lista a los personajes de la novela, buscando a quien endosar aquella prenda.

—No habrá usted olvidado—continúa aquél—lo que hablamos de la educación de Margarita.

—No recuerdo—dice Pulgarín;—Margarita se educa junto a su cuñado, que es un fabricante de muñecos...

—No, hombre, no. Todo eso huele a miseria. Hay que presentar el lado galante y dorado del asunto. Mucho encaje, y mucha seda, y, sobre todo, mucho champagne.» Esa chica tiene que educarse en las Crispulinas; si no, no tenemos a nadie.

—Pero...

—Mire usted: yo quiero una joven hermosa, desarrollada, ideal muy sensible, muy poética, muy...

Pulgarín conoce que se le acaba la paciencia al oír tanto disparate.

—Vea usted a ver, hombre, para que se forme usted el tipo, tiene que ver el grabado de la portada. ¡El «vira!»

Pulgarín para sus adentros, si será también muy sensible, y muy poética, y... demás.

Pulgarín se la come con los ojos. El encuentro de aquella inocencia «oficial» en casa donde se comercia con tanta impureza escrita, le asombra tanto como al inglés de Mery el encuentro de un par de botas en el desierto.

—Tráeme unos grabados que he dejado sobre la mesa del comedor.

La niña lanza al visitante una mirada que quiere ser ingenua, y resulta sólo descarada, y se va por donde ha venido, dejando un poco trastornado a Pulgarín. Este no concibe siquiera cómo las barbaridades, las atrocidades, las inmundicias literarias que llevan el dinero a aquella casa, pueden convertirse en salud y hermosura de aquel cuerpo, en brillo de aquellos ojos, en flores y en ilusiones de aquella divinidad.

Y la divinidad vuelve a presentarse diciendo a Alcahuero.

—¿Son éstos, tío?

Pulgarín, mirando alternativamente a Alcahuero y a su sobrina, se dice para su capote:

—¡Tío! ¡está bien!

La sobrina se marcha, y el tío enseña a Pulgarín un grabado, última palabra sin duda del «lado galante y dorado del asunto»; pero que al joven le inspira la idea de decir al...

—Amigo mío; al lado de su sobrina de usted, estos son «los vómitos de Pilatos.»

Pero se contiene, transige, se compromete a reformar la novela, sale de aquella casa con cinco duros a cuenta, y en el café mas próximo, delante de un «beefsteak» con muchas patatas, da rienda suelta a su preocupación, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Se habrá educado en las «crispulinas?»

F. SEREANO DE LA PEDROSA.

DE TODO Y DE TODAS PARTES

Nada sienta mejor a las mujeres, ni las dá más gracia que un calzado de tacón alto.

Una mujer de cincuenta años, bien calzada, se quita dos lustros de edad.

Una mujer joven, calzada con descuido, envejece. El tacón de color dá carácter aventurero a la que lo usa.

El tacón torcido significa pobreza.

El tacón excesivamente alto es cursi, revela el ansia de tener más estatura.

La mujer que no marcha con facilidad sobre un tacón alto demuestra que sale poco de casa ó que va casi siempre en coche; debe ser hacendosa, ó rica, pero la que anda que no puede andar, es pobre.

La que taconeas mucho, no vean demasiado.

La que arrastra los pies, es vieja es mala, es fea, es de que se gorda.

Una mujer que se calza zapatos de hombre, mata la gracia del pie femenino.

La zapatilla es insostenible.

La sandalia sobre el pie vestido, es artística y poética.

La babucha bien hecha y bien llevada es el calzado casero que conviene a una mujer elegante.

El zapato bajo es un malicioso inocente. Pero con galas se convierte en un calzado subversivo.

El zapato blanco no va a ninguna parte.

El zapato negro y alto es la modestia por los suelos.

El zapato de color rojo, verde, azul, es un banderín de enganche.

Los zapatos de paño se van sólo a la botica.

La bota de regular altura es el calzado más a propósito para la mujer: negra, gusta; bronceada, provoca; de color claro, repèle.

La bota con caña de color llamativo es indicio de muy poca educación.

La bota imperial es el himno de Riego del calzado.

La bota demasiado alta revela malas pantorrillas ó mal carácter.

La bota de montar es digna de la mujer.

El calzado suelta, indica descuido, preocupación ó mala educación.

El calzado rojo es la vida andando.

Desde hace algunos años, la secta protestante del Canadá, conocida con el nombre de «Metodistas libres», venia celebrando frecuentes reuniones en Kingston, en la provincia de Ontario; pero como cada día aquellas reuniones eran más numerosas, pues las mujeres demostraban gran celo por entrar en la secta, hubo necesidad de que los fieles se trasladasen al extremo de la ciudad, donde el predicador ordinario, un señor Frasier, pronunciaba sus correspondientes discursos.

En uno de ellos dió una carga de frente al traje moderno de las mujeres.

«¡Cómo—decía a las numerosas adeptas que le escuchaban,—habiendo nacido con formas espléndidas, moris contrahechas, por obstinaros en gastar corsé! Desembarazaos de esta maldita invención y volved a Dios tal como os ha hecho. Quemad el corsé antes que quemaros vosotras en el fuego eterno.»

Estas palabras de Frasier produjeron en la asamblea una agitación extraordinaria, y, apenas concluyó de hablar, dos ó tres entusiastas comenzaron a recoger astillas, pedazos de madera y pajas é hicieron con ello una hoguera.

Entonces, una joven como de 20 años se acercó al fuego, y diciéndolo con solemnidad: «Quiero morir como Dios me ha hecho, y no como me hecho yo misma», comenzó a desnudarse, y quitándose el corsé, lo arrojó a la hoguera, cuyas llamas rojas hacían resaltar la blancura de las espaldas de la sectaria.

A partir de aquel momento, se produjo, más que entusiasmo, un verdadero delirio en aquella asamblea. Las mujeres todas, unas despojándose de otras, se quitan el corsé y se arrojan al fuego; y en un espacio de media hora, «las formas espléndidas», tan elogiadas por el predicador Frasier, resbalaron toda su libertad, y no quedaba un solo corsé en la reunión.

Durante esta curiosa «reunión» algunas mujeres se desahogaron de la alegría producida sin dudar por la satisfacción de haber cumplido su deber.